

La colección Un Libro por Centavos, iniciativa de la Decanatura Cultural, de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales y no gubernamentales.

En 14 años, de publicaciones ininterrumpidas, hemos alcanzado el número 133 que promociona a un joven poeta colombiano, Henry Alexander Gómez, quien en el 2013 obtuvo el primer premio en el Concurso Nacional Universitario de Poesía, Universidad Externado de Colombia. El objetivo de la colección continúa con los mismos propósitos e idéntico entusiasmo, en la promoción y divulgación de la poesía colombiana, latinoamericana y con la inclusión, hasta el momento, de poetas considerados clásicos españoles y franceses.

Este poemario n.º 133 de nuestra colección *El humo de la noche rodea mi casa* estuvo a cargo del mismo poeta, Henry Alexander quien realizó una cuidadosa selección para la colección.

Selección y cuidado
Henry Alexander Gómez



N.º 133

HENRY ALEXANDER GÓMEZ

*El humo de la noche
rodea mi casa*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2017

ISBN 978-958-772-

© HENRY ALEXANDER GÓMEZ, 2017
© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2017
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición

Abril de 2017

Imagen de carátula

Casa del suburbio con ropa tendida, por Egon Schiele,
óleo sobre tela 110 x 140,4 cm. Colección privada, 1917

Diseño de carátula y composición

Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación

Nomos Impresores

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 13 años en:

www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

EGON LEO ADOLF SCHIELE, conocido como Egon Schiele (Tulln, Austria 1890 - Viena 1918). Schiele, pintor austriaco, considerado uno de los dibujantes más importantes del siglo XX y una de las grandes figuras del expresionismo, muere joven, a los 28 años de edad, de La Gripe española, una de las mayores epidemias de la historia de la humanidad. Schiele inició sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Viena, a la que, pronto y frustrado, abandonó por considerarla conservadora, rígida y anticuada. Como admirador y discípulo de Gustav Klimt, pudo incorporarse a la nueva corriente de la comunidad artística llamada *Secesión vienesa* cuyo lema era “A cada época su arte y al arte su libertad”. Su obra de una gran sensualidad y erotismo, junto al tema de la soledad angustiosa, expresa su propia realidad y destrucción física y moral del ser humano. En la fase final de su vida, Schiele alcanzó la máxima libertad de expresión creando paisajes urbanos. Renunció a la descripción del entorno o de una topografía y se centró en las construcciones de las casas, vistas en perspectiva, desde arriba, como vuelo de pájaro. La obra *Casa del suburbio con ropa tendida* (1917), que acompaña este poemario, nos lo confirma, es la manifestación de una visión íntima y de gran sencillez con aspecto pintoresco (ideas y pasajes tomados de internet).

CONTENIDO

- Restos [9], Parábola del padre [10], La música del aire [12],
Gallinas [14], Los huesos de la bisabuela Felisa [15],
Molienda [17], Moscas [18], La lluvia [19], Árboles [20],
La alberca [21], Patio central [22], El gato [24],
Ovejas [25], Subienda [26], El telar [28], Rebeca [30],
La noche [32], En algún lugar [33],
Contra la ventana [34], Hay soles que caen [35],
Velo de noche [36], Memorial del árbol [37],
Incandescencia [38], Arenga del hogar [39],
El ángel negro de la Isla de Kampa [41],
Paul Celan hilvana su fuga [42], Georg Trakl en el ocaso [45],
Billie Holiday [46], Robert Johnson [47],
Johnny Cash [48], Jon Lord [49], Janis Joplin [50],
Jim Morrison [51], Humberto Monroy [52],
Ronnie Van Zant [53], John Bonham [54],
Pappo Napolitano [55], Stevie Ray Vaughan [56],
Caída [57], Adentro [58], Lluvia [59], Bosque [60],
Arqueología [61], Poética [62], e.e. cummings [64],
Carlos Obregón [65], José Manuel Arango [66],
Horizonte [67], Roberto Juarroz [68],
Angelus Silesius desata un folio perdido [69],
Parábola de Dios [71], Apalabrar [72],
En el lomo de la vaca el viento revuelto
en un sudario de espumas [73]

RESTOS

La casa de mis bisabuelos hoy no es más que barro seco,
un puñado de polvo en la hojarasca de los días.

Un pulso primitivo nace al tocar los muros caídos,
la tierra,
quizás un viento antiguo que me trae el ruido de los pasos,
la lumbrer serena que escribió batallas y duelos,
la queja,
 la duda,
 el amor,
palabras en desuso que me atan y me sueñan la vida,
como una estrella que cae y se clava directa en mi espalda.

No tienen la dignidad de la ruinas de Grecia
o el profundo misterio de la piedra en El Cairo,
pero la hierba y el aire,
 la casa,
pero un oscuro alfabeto brota de su cauce,
pero una lluvia inasible canta en los escombros,
pero hay allí una historia más humana que Dios.

PARÁBOLA DEL PADRE

Padre siempre se sumerge en las más
extrañas empresas.

En un diálogo mudo con la vida,
en una incesante errancia
por el orden prohibido de las cosas,
hizo de la derrota

su sello personal,
una enorme roca de aire para empujar cuesta arriba.

Un día compró una rueca de hilar nubes.
Decía que en la plaza bien podría abrir
un negocio celeste para achispasr acotistas.
Pasaba horas golpeando el pedal,
hilando el día,
ovillando la lana.

Desde allí urdió toda la orilla del cielo
sin conseguir una sola moneda.

Otro día,
se hizo a un viejo auto
para sortear la soledad de los caminos.
Con él cruzaría las fábricas del humo,
las páginas secretas de las grandes montañas,
hasta llegar a La Habana
o Nueva York.

Pero la noche lo dejó tirado a un lado de la carretera,
reparando el veterano motor oxidado.

Raras tareas emprende mi padre,
cultivó los sueños de los ondeadores de banderas,
comerció con olvidos,
amasó el pan
para el inspector de patatas fritas,
escribió cartas de despedida para amas de casa,
hasta afiló los lápices de tercos burócratas
en una corte de un país
que no aparece en ningún mapa.

Hoy comprendo que mi padre
es un poeta a su manera,
atesora la derrota
como quien guarda
palabras perdidas en la billetera.

Sin saberlo, padre,
con cada inútil negocio,
me ordena mi noble función en el mundo:
el oficio de escribir,
a cada instante,
el arte de la pérdida.

LA MÚSICA DEL AIRE

Una lluvia lejana
cae adentro de sus ojos grises.

Un rumor de lámparas caídas,
de pálpitos
de puertas cerradas
en el insomnio de los años, acompañan
a abuelo Jesús
mientras camina con sus lentos pasos de pájaro.

Abuelo, yo te nombro y te resucito.
Te llamo.
Tú estás justo ahora en el potrero,
con tu viejo overol,
ajustando el alambrado y sembrando las estacas.

El humo del habano dibuja músicas extrañas
entre las hojas del eucalipto.
Abuelo Jesús, recostado sobre los pastos,
sueña con sus vacas y los días ilegibles,
con la boda de los árboles o la señal de la tierra.

¿No me reconoces abuelo?
¿No entiendes mi voz?
Soy yo, tu nieto que te vigila y te llama
como un fantasma distante,
desde más acá de la luz,
desde el eco de la noche y el temblor de la piedra.

GALLINAS

En las mañanas,
largos instantes me revelaron
el juego de su pluma,
el cacareo del mundo desde
una noble idiotez.

Su peculiar danza
me habló de un linaje perdido,
la firme intención de ser viento borrado.

Entendí, entonces, la difícil tarea
de romper
con las ataduras del aire,
la música cercana de escarbar en la tierra.

Es verdad que en las gallinas
el día ha encontrado su eje,
el cordón umbilical
en el que sostiene la luz.

Al igual que ellas, escribo la dicha
de ser pájaro caído.

A Felipe García Quintero

LOS HUESOS DE LA BISABUELA FELISA

Aparecieron de repente,
estaban metidos en un cajón de madera negra
y cargaban el aire roto de la noche.

Andaban por el camino de los años
apretados a cualquier rincón de la casa.
Prima Betty los descubrió por error,
buscando en el cuarto de trastes algún juguete perdido.

Susto de perros esos huesos ladrando la muerte.
Sortilegio. Oscura brujería. Asesinato en el balcón del silencio.

Fue abuela quién recordó que eran los huesos olvidados
de la bisabuela Felisa. Habían llegado décadas atrás
y buscaban ser un puñado de viento,
una flor soñolienta.

Al fondo de la caja, la extraña carta del abuelo
confirmaba la noticia y reclamaba un lugar junto a su tumba.

Insólitos los ríos
que cruza la piedra después que la lluvia se extingue.
Años de errar debajo de las camas,
rechinando entre sombras, auscultando la tierra,

los huesos,
la vida,
como un planeta cansado,
gritan su parte del mundo, justo ahora que exhumamos
los restos del abuelo.

Allí descansan,
los dos,
en una bóveda sin fondo,
en un osario celeste, examinando la luz.

El corazón se busca más allá de la carne.

MOLIENDA

Abuela muele los rayos del sol,
gira la polea y machaca su maíz.

Una luna amarilla ríe en la sartén.
Un pequeño pedazo de aurora en la boca.

En su viejo molino,
abuela Ana refuta cada una de las teorías
sobre el origen de la luz.

MOSCAS

Llenaron la casa
con su ruido de humo,
golpearon ventanas, se colaron por las cerraduras
y planearon los hilos de mi infancia,
presas de una voracidad más antigua que el fuego.

Tía Blanca colgaba en el techo
bolsas transparentes de polietileno
y así las moscas
se espantaban con el vértigo de su mirada múltiple.

Nos hicimos artistas de la crueldad,
tratantes de alas,
felices asistentes al espectáculo
de verlas borrachas al final de la tarde
con tanta fina estocada del matamoscas.

Santas y piadosas moscas,
llevan siempre una corona sin reino,
una aureola torcida,
negra,
para ser exhibida bajo el polvo,
en los estantes olvidados del vacío.

LA LLUVIA

Madre,
desde la ventana
mira adentro la lluvia,
y en el sueño,
y cansada ya de tanto
correr la vida, dice para sí:

“Esta herida mía
vale menos que un centavo”.

Pero esa herida suya,
le respondo,
yo que la vigilo
desde el otro lado de la sombra,
posee la virtud de la piedra
hollada por el río,
el ruido de las hojas secas
bajo las pisadas de Dios,
la soledad de las nubes
en los días soleados,
la noche crecida
en el corazón de la casa.

Y contiene la palabra,
pienso, abierta siempre por la lluvia
y el péndulo del sueño.

ÁRBOLES

Los árboles
llenaron los cuartos vacíos,
el desierto.

Su corteza,
como un tratado lejano,
trajo
el alfabeto que escribió
en el sueño
un palpito de hombres antiguos,
la sangre,
adentro el aguacero,
el granizo
debajo de las mantas.

El bosque
como concierto primitivo,
música de aire,
expuso el arte del olvido,
la migración de las aves,
palabras borradas
por la ira de Dios.

Árboles,
inclinando las hojas
y el viento,
guardan siempre,
la vieja
soledad que nos habita.

LA ALBERCA

Habité por años aquel estanque perdido
en medio del patio.

Alimenté el corazón del agua, el pozo sin fondo
donde tío Jaime guardaba los peces traídos desde el río.

Fui náufrago sin cielo,
árbol sumergido en la mitad de la tormenta.
Buceé el torrente de hogueras submarinas
y, como Julio Verne,
vi el relámpago de la música adentro de un pez dormido.

Navegar era mi oficio, destejer las raíces del mar,
dibujar en cartas de navegación
las líneas turbulentas de aguas ecuatoriales.

Los bajeles, el sextante,
los peces bañados en el tiempo,
boqueando el alba hasta perecer.

Mi puerto eran las manos de mi madre lavando la ropa.

PATIO CENTRAL

La casa del abuelo
siempre está poblada de fantasmas.
Cuando el reloj trenza la tarde
y la caída del aire
extiende sus sabanas negras, cubriéndolo todo,
el patio central
se llena de siniestras nieblas cristalinas.

Allí ruedan,
como sillas podridas por el tiempo,
las cenizas de pecados
ya idos. Pequeños trozos
de pasos quemados por los años.

Una luna ciega olisquea la penumbra,
y quizá, alguna luz azul
escarba entre la alacena y los trastos viejos,
busca un almanaque Bristol,
una cuchara solitaria,
o tira al vacío la vieja baraja de cartas
que en el pasado
vaticinaron algún tipo de muerte pasajera.

Da miedo levantarse
para tomar un respiro, o ir al baño,
y atravesar el patio
y el umbral de los fantasmas.
Por eso, cuando dan ganas de orinar
es mejor pasar en vilo la noche, con los oídos abiertos,
apretar fuertemente las piernas,
y auscultar en la penumbra
las penas que algún día también serán nuestras.

La noche sabe,
y yo ahora lo sé:
cada hueso que cubre mi carne
tiene atado un hilo que lo jala
desde el otro lado de la muerte.

EL GATO

Un dios dormido
cabe adentro de los ojos del gato,
una suerte de campanas
ardiendo al final de un pozo secreto.

Taja el día con su cascabel.
Basta llamarlo
para sentir cómo la cara oculta
de la luna
expande su médula.

El gato es un ovillo de sueño
cercano a la muerte.

Por años he sido presa de su voz,
la pesadilla
en vuelo que habita detrás de cada salto.

Escribo bajo el insomnio de su sombra,
me borro
en medio de la flor nocturna
que hila en los tejados.

A Jorge Valbuena

OVEJAS

La tierra que caminan
incendia el paraíso
de los no durmientes.

Pero hay un día
en el año
cuando la oveja custodia el corazón
de la palabra insomnio.

Hace del viento
un sonámbulo de la noche.

.....
El método
para obtener la lana
es tradicional.

Se ata la oveja con un lazo
y se corta el vellón.

La dimensión del sol
es contraria:
esquila su luz
en el sutil balido de la oveja.

SUBIENDA

Existe un lugar
en el río Chicamocha cuya espuma
devora los rayos de sol
y bautiza los peces
en la antigua lengua del oro.

Tío Jaime extiende la red,
como un inmenso embudo,
y el aire,
 y el agua,
dibujan sobre el día una palabra
no antes escrita.

Allí quedan adheridos peces pequeños,
negros y dorados,
que nosotros recogemos con las manos
para soltarlos en el viejo balde de pintura.

La arena del río
se abre como un enorme helecho
y muestra su luz.
Luego los peces llenan el estanque
en el patio de la casa.

Mi voz
quiere llamar esas aguas,
nombrar ese imposible ritual
que hoy está en la raíz
de los escombros,
afuera del tiempo,
como una palabra irrepetible.

EL TELAR

Diferentes investigaciones,
ubican el origen del telar hace 4000 años en China.
Estudios más osados, afirman que el telar
fue inventado por indígenas sudamericanos.
Yo, en cambio, pienso que el primer telar
lo hizo mi abuelo Rozo de los Ángeles Ríos,
quien urdía el místico oficio de la geometría.

Cómo pudo, recogió leña del campo,
compró algunas vigas de madera en un aserradero,
pulió bastidores,
unió varillas, cilindros y rectángulos,
y construyó la primera máquina que se conozca
para hilar, línea a línea, el volumen de la lluvia.

Así lo conocí, sentado en su aparato,
jugando con el compás del pedal,
y tejiendo la medida de las horas.

Le hacían encargos de todo Boyacá,
y, abuelo Rozo,
como el mayor artista de la abstracción geométrica,
ajedrezada colchas, esplendía frazadas,
trazaba ángulos y vértices, rombos y trapecios,
sobre ruanas, chales y cobijas.

Fama se hizo entre los que dormimos
en medio de su oculto simulacro.
La puntada precisa,
contemplación gráfica de la materia.

Pero hubo un día en que su corazón le enseñó
a tejer el diámetro del silencio.
Cruzó el rayo cóncavo que envuelve la tierra
y se fue de improviso, sin decir adiós.

Me pregunto,
si en el envés de este tiempo,
en ese plano incomprensible de la muerte,
en un telar hecho de soles,
urdes aún,
como los verdaderos artistas que pasan por el mundo,
la extraña geometría
que encierra la llama doble de las cosas.

REBECA

En el fondo del patio,
Rebeca ha dibujado un círculo
alrededor suyo para nombrar
los elementos en su perfecta condición
y oportuno lenguaje.

Nos engaña,
nos miente a cada instante.
Los loros se burlan para sí del hombre quien cree
que Dios le dio la palabra
como su único y propio artificio.

En realidad,
es el hombre quien repite los sonidos,
es del loro donde aprendimos
a copiar los colores del lenguaje.
Es por ello que, sin saberlo, perdimos
la capacidad de volar.

La risa de Rebeca enciende el día
con una señal que viene del origen.

Y así quedamos,
contenidos en medio del patio,
mirando
las patas corvas
aferradas a la prehistoria
del sol,
como una antigua nota musical
suspendida en el aire.

LA NOCHE

Ha llegado, por fin,
a su estado más sólido.

Intentamos descifrar
una palabra
y sin embargo,
todo lo ha ofrendado
la herrumbre
de las cosas.

La escritura pende
del hilo de sangre de la tierra:

sílaba de viento,
luz aniquilada.

Ahora,
ya nada puede condenarnos.

EN ALGÚN lugar
el asesino se resguarda
y aprieta el puñal.

Su piel se descompone
en un aleteo
de pájaros nocturnos.

Un cuerpo sin vida
es la cicatriz de una calle,
la oscura libertad de la noche.

CONTRA la ventana
un pájaro
se da un golpe certero.

Bebe la sed de su alarido.

Aquieta sus alas.

Yo me aferro a su recuerdo
mientras olvido
la transparencia del aire,

como una cicatriz
que da vueltas por el mundo.

HAY SOLES QUE CAEN

Un ángel juguetea en el ramaje del árbol.

Es tan grande el abismo,
y tan silencioso el techo del mundo,
que nos abraza la pesadumbre,
y bebemos aguardiente,
y lloramos,
porque no entendemos
cómo Dios juega con sus dedos de piedra
entre las hojas del álamo.

VELO DE NOCHE

Vivir la lentitud

de la hormiga,

confuso

en una ola de arena.

Entre el amor y mi sangre

hay un silencio de pájaros,

velos

como mareas de hielo

bordados

con filamentos de sal.

Alguien ha escrito mi nombre

en

una

roca

incendiada

con el carbón que tiñe

lentamente

la noche.

MEMORIAL DEL ÁRBOL

Nos susurra el viento su nostalgia de nieves
y el copetón tañe su silabario de alas.

Qué silencio es mi corteza,
y mis raíces
tejiendo la sangre de un sueño.

Hay en las rocas una sed de tormenta.

De mis brazos cayó la hoja
con la que un hombre descalzo
cubrió su sombra.
Se ha roto las muñecas golpeando mi silencio.
Mi incommovible reposo le ha dejado
una herida imposible abierta al crepúsculo.

Ráfagas de orquídeas a las orillas del lago
expanden la soledad del abejorro.

Dos niños olfatean una bolsa de huesos.

Un bramido,
es una piedra que expira en el agua.

INCANDESCENCIA

Escucho,

palpo,
a cada instante,
la voz
en la pupila extranjera.

He descifrado su desvelo,
el latigazo de una música antigua
que desorienta los rayos del sol.

¿Puedes escribir sobre la línea del árbol?

¿Puedes envenenar el trueno
que rodea
la luz del vigilante?

ARENGA DEL HOGAR

I

Él siempre permanece anclado
a un lebrillo de granizo.
Ella ha decidido perpetuarse
sobre las arenas movedizas
a orillas del sexo.

Pero también es él quien ríe más alto,
quien lleva entre la jaula una mosca de humo.

Ella sólo sobrevive
en la multiplicación de las cosas,
como la honda de una piedra
arrojada en aguas distintas.

II

Dejar atrás los viejos rincones,
la ropa sucia,

la música
apresada en hilos de tiniebla.

Cada acto que hacemos
es un barco hundido

por la mano de un niño.

Pero todo,

hasta lo que no conocemos,
lo circunda la soledad del árbol.

EL ÁNGEL NEGRO DE LA ISLA DE KAMPA

Nadie lo vio entrar en su casa. Era una fría noche de Praga, era un poema tirado en la alacena.

Al principio, con el orgullo herido y las polillas sacudiéndole los trajes, se acostumbró a vivir con la noche colgando de su espalda.

Decidió el encierro porque los hombres sencillos mueren solos.

Con la pupila altamente dilatada, Vladimír Holan, entendió que las sombras viajan empedradas de palabras. La piedra oscura había regresado cargada de frutos.

En aquella casa había tanto ruido, tanta miga de pan en las esquinas.

Se dice que la luz de la ventana duraba encendida toda la noche, en el resplandor de la vela se diseminaba el diálogo del mundo.

La claridad no se hacía esperar. Nadie y todo había en él. La campana detenida por el lápiz, Hamlet conversando con las ruinas del espejo, la muerte escondida en las catedrales.

Pero los años no pasan en vano. En la pesada puerta crecía un caballo atado con alambres.

En el instante en que la voz del ángel deshizo los colores de las cosas, cuando la tierra de los cementerios colmó de cicatrices las estancias, pronunció estas palabras:

“Kateřina ha muerto. Hoy no ha venido nadie a preguntar. La casa ha ocultado, al fin, todos sus ruidos.”

PAUL CELAN HILVANA SU FUGA

I.

Seca tus ojos

y llama a mi puerta;
no encontrarás más que un féretro
tallado por un abismo de hojas.

La soledad es más grande

que la gavilla de inviernos
que arden
en mi boca.

II.

La muerte

hila mi mano cien veces.
Cien veces
la arroja
a un bote de ceniza.

III.

Es en tu vientre,

madre,
donde
siembro
mi otoño.
Es en tu nuca
donde nace mi amapola.

IV.

El corazón va flotando a mis espaldas.

El corazón

va

flotando

a

mis

espaldas,

barnizado por las humaredas

de los hornos

de Ucrania.

V.

El becerro le escupe
a la paloma invisible,

se asfixia

entre el barro

de los campos de exterminio.

Yo humedezco mis oídos

con su sangre;

con su carne hago en las mañanas

tallos de sombra.

VI.

Verteré

toda el agua del Sena

en un cántaro

y lavaré tus heridas,

bebedora.

En el presagio

ya no quedarán más cicatrices.

VII.

Mi mano

hila la muerte,

cien veces la arroja.

GEORG TRAKL EN EL OCASO

Un rostro púrpura se ciñe al abrazo calcinado de la noche.
El espíritu oscuro de los bosques, las sombras venenosas,
el grito moribundo de los guerreros otoñales,
cubren de opio el azulado cuerpo de espino.
Aletean los murciélagos alrededor del joven que sueña.
Se escucha un lamento crepuscular.
El niño Elis le besa la frente sangrante
y la hermana juega con alcoholes mortíferos,
deambulando entre los catres del centro hospitalario.
Qué luna más amarga,
cuánto silencio sobrevive en el canto último del mirlo.
Tierra negra amasa una música nocturna
y se extingue un corazón huérfano de flores amarillas.
Un venado azul corre en delirio a la primavera;
la tumba aguarda a los ángeles caídos.

BILLIE HOLIDAY

Bebe únicamente de la sombra del ángel, embriágate
con la savia negra de árboles muertos.

Un cardumen de pájaros de agua abraza el canto de
tus alas, los vientos del sur incendian toda tu escritura.
Escucha: el latido del sol es de hierro.

El pregón de la ceniza sobre los párpados de la noche
me dirá dónde encontrarte.

ROBERT JOHNSON

Alguien dijo que fue un tañido grave, producido por el aleteo de una polilla moribunda, lo que incendió su amor por la música e impulsó su fuga de gato herrumbroso.

Acompañado sólo por su guitarra, sobre los caminos dos veces nocturnos, le arrebató su suerte a todo aquello que se desprecia.

Recorrió tabernas y pueblos, suburbios y ciudades.

Los negros se aterraban con el combate de sus bajos y su guitarra mordida por una nube de sombra.

Se tatuó en la piel su propia leyenda —el tiempo no podía malgastarse—. Debía quebrarse las botellas directo en la garganta, seducir escorpiones, copular con pañuelos blancos, para después desaparecer en el aire.

A setenta y ocho revoluciones por minuto concibió todo lo que debía decirse: veintinueve canciones y dos ligeras fotografías donde vemos a un bluesman tostado por los rudos soles del Delta.

La leyenda agrega siempre que, a sus veintisiete años, mientras bebía la depresión de un vaso de whisky en el fondo de un bar, lo irrumpió un hombre que portaba una máscara del color de la noche; vestía un extraño levitón y parecía llevar a cuestas un alud de árboles deformes.

Johnson, con un ligero movimiento de manos, le dijo:
“Hola Satán. Sí, lo sé. Es de nuevo la hora de marcharnos.”

JOHNNY CASH

Enterré el puente de mi guitarra en el aire, sacudí las polillas de mi sombra y cultivé el vapor de la música sobre el heno de los días, a un lado de la carretera, donde los mundos se fecundan.

A Hellman Pardo

JON LORD

Recogí de la neblina en la mañana cada uno de los hilos que expanden las yemas de mis dedos. Hilar es mi destreza, la certidumbre de dormir en una cavidad de sonidos que arden como diluvio perpetuo.

Un flameo inmutable me sigue a todas partes: una tela de música que hoy es mi mortaja, una sonata que ordena a un tiempo la dinastía secreta de un centenar de relámpagos.

Mi corazón es la rueca, la bruma el ovillo, mi música: una calina de fuego que lo ha envuelto todo.

A Edwin Mora

JANIS JOPLIN

Inútil es viajar entre el olor de la ceniza, sepultar amapolas en las mandíbulas del ángel ciego.

Canción de la infancia: fumar el opio de la piel y beber la última gota de un blues de la botella más oscura de un bar de Louisiana. El pulmón amordazado mientras el gramófono suena a Bessie Smith o a Billie Holiday.

Una huella descalza la delata, la delata su sombra transparente.

Hurga una grieta en la penumbra. Descúbrete impedida para contar la multiplicidad de nubes que rodean tus dedos.

Es bello vigilar desnuda al sol cuando anochece: la orgía de su voz baja cóncava al interior de la tierra.

JIM MORRISON

Desde lo alto de la duna dejo caer una escudilla que rasga un aire extraño que acecha mi presencia. Ancianos ángeles amasan mi saliva con arena. ¿Quién acompañará mis huellas para descifrar el verdadero rostro de la luz?

Romper el cristal. No hay noche más fría. El nombre del desierto me persigue. Las puertas se derrumban.

Con el hueso roto del coyote buscaré mis años perdidos junto a un demonio que trama el antiguo imperio del cielo.

HUMBERTO MONROY

El humo de la noche rodea mi casa. Sin tocar las notas bajas de la sed, la música florece en la línea del aire.

Mi boca posee cuatro labios, mis ojos cuatro pupilas para descifrar la oscura pulsación de la luz. Mi vida ha sido el temblor de un alfabeto encallado en el destello del relámpago.

Humo en las ventanas, en la densidad del polvo. Este largo destino de envejecer en el origen.

RONNIE VAN ZANT

Al amanecer, algún extraño viajero señala con el dedo
un pájaro que guarda el nombre de todos los pájaros.

Su vuelo ha dibujado, en el corazón abierto del alba,
cada hilo de acero con los que un niño ovilla el paraíso
de mis alas.

JOHN BONHAM

En el grito del árbol encontrarás la semilla. Mi escritura
viaja al galope del viento entre los cascos del caballo.
Esta tierra se adelgaza ante el trueno del agua en el
pecho de un pájaro.

He dejado al granizo sin aliento.

PAPPO NAPOLITANO

Me reconozco en el polvo del adiós, en las piedras errantes: con un hilo de viento me hice un collar de caminos.

Dejo el diapasón de mi guitarra bañado por un rumor de flores vestidas por la lluvia. Dejo mi amada Harley Davidson con la que probé el peso de la fe y la pulsación de la muerte. Hay una canción de espejos y lumbres al final de la autopista.

Nada vale más que un viejo blues cortejando las voces aromáticas del sueño.

A John Fredy Gil

STEVIE RAY VAUGHAN

Este es mi evangelio:

La soledad del universo se reduce a seis élitros de acero; pesan como el calibre de la araña en el corazón de una rosa, zumban como un crujir de huesos de pájaros salvajes.

Mi voz es clavicordio de agua, pentagrama de fuego, el gesto de todo y de nadie.

La lluvia en el tejado afina el blues-rock de mi guitarra: tormenta de hierro, piedra pluvial que inunda el refugio donde el tiempo pliega sus doce alas.

Mi credo es la ausencia de Dios, el bostezo del cielo.

A Félix Zamora

CAÍDA

Estos pasos huyen
como piedra lanzada al precipicio.

Me he derrumbado muchas veces,
pero sólo me existo
contemplando la luz
de mis heridas.

ADENTRO

En la quietud de la piedra
respira todo el movimiento
del universo.

Como el árbol
dentro del hacha
y la vida
mucho más adentro.

Como la ruina
que comprende la nostalgia,

o todo hombre
que se busca
entre los pliegues
de un dios dormido.

Cuando el frío
se acumula
en el revés de la piel,

cuando ver
se convierte en desesperanza.

LLUVIA

Hay un bosque de páramo en la noche del sueño,
un corazón
hecho malezas
entre el fango y la niebla que encanece la montaña.

Hay una sepultura
con cántaros de oro para recoger el vaho impuro del mundo.

Lo que buscamos en el origen de la lluvia
es el alimento,
no el camino
ni el destino
que vienen rodando por el aire.

ARQUEOLOGÍA

Enterrar una palabra,
 esconder su tumba entre las piedras.

Desenterrarla después de muchos años,
quitarle la tierra endurecida,
los restos de polvo,
 el óxido,

hasta que brille como una antigua reliquia.

Colocarla en medio de la página en blanco
y estudiar su antigüedad, interpretar su pasado,
descifrar el color original,
establecer su importante papel en la historia.

Incluso admirar su dignidad de estrella olvidada.

POÉTICA

Como un recolector de huesos en lo profundo del bosque,
como el ebrio que naufraga sobre sus amantes,
caigo sobre la palabra y la maldigo.

Bebo de su seno hiriente y una leche oscura humedece el barro
con el que mis manos descubren la orfandad del poeta.

Incluso la noche se burla de mis palabras,
y la palabra árbol, o la palabra piedra,
son menos árbol y menos piedra que el árbol y la piedra.

Entonces la tiniebla me llega por exceso de lucidez.

Pero asesinar la luz de la página en blanco sería pecado,
ya que no tenemos la capacidad de ver la letra muerta.

Dispuesto a sembrar y desembrar el universo,
salto hacia mi propia oscuridad para empezar a tejer
un lenguaje hecho de íntima ceniza.

Y cada palabra es el gemelo de otra palabra,
un reflejo de otro verbo,
una hoguera venida del otro costado de la noche.

Allí, a veces, la ceguera pare luz y algo no repetido
nace de la sombra,
algo simple y bello como un suspiro en la arena.

Una piedra, un árbol, una escritura.

E.E. CUMMINGS

a(

p

ája

ro

qu

e

e

l viento

b

orra

()).

Lluvia de sol

.

)m

or

CARLOS OBREGÓN

Desde adentro de la vida
miro llover.

Miro como quien encuentra la esperanza
sin haberla buscado,
como quien hunde sus manos en la ceniza
de una hoguera nunca encendida.

Llueve sobre la orilla de tus pasos.

Porque tu hondura es la lejanía
de ver el cielo sin poder tocarlo,
el temblor de una oración
sin alfabeto, la vigilia de dormir
sobre una música olvidada.

El leve polvo de tierra
que levanta la llovizna
deletrea tu silencio.

HORIZONTE

Un relámpago
llama al asombro.

Se cierra el sonido
y algo
se abre adentro de nosotros.

Entre la luz y la resonancia
un suspiro, un nacimiento, un dolor,
la vida.

ROBERTO JUARROZ

He abierto la palabra amor
y, adentro, encuentro otras palabras
que no dejan de mirarme fijamente.
Escojo una de ellas,
le hago también un orificio,
para ver más adentro en el lenguaje,
y allí encuentro una palabra
que se parece al corazón del mundo.

En medio de las dos mitades del lenguaje,
sobre la línea que separa el comienzo y el final,
comprendo que un vocablo,
más profundo
que el abismo de Dios, nos sostiene.

Todo lenguaje se contiene a sí mismo,
como toda palabra que decimos o callamos,
lleva adentro la soledad del hombre.

ANGELUS SILESIUS DESATA
UN FOLIO PERDIDO

I.
Hallar la contemplación
verdadera
como quien abre su corazón
a la muerte.

Y seguiré en Dios,
como la noche en mis palabras.

II.
No basta con taparse los oídos
para cerrarse al ruido del mundo.
Hay que olvidar
lo escuchado.

Arder en el silencio.

III.
En la oración
hay una hondura más grande
que la angustia de Dios.

Tanto abismo inunda
mi espíritu de palabra.

IV.

Intentar escucharte
es pretender contener la eternidad
en las manos.

Basta que una rosa florezca para asirla.

V.

Voy por el mundo
buscando lo incognoscible.

El fuego que no arde,
una vocal que no produzca sonido,

la prehistoria del alba.

VI.

Edificar a Dios
como quien bebe de un candil erosionado.

Hallar a Dios
como quien naufraga
en la peregrinación de la luz.

PARÁBOLA DE DIOS

Existe una luz que la noche crucifica.

Existe una hoja de papel
y allí se enciende una vida con la palabra duda.

Existe la pupila de un hombre
donde arde una soledad que a cada paso se traiciona.

Existe la flecha que dispara un arco
y el árbol que tala todas sus hachas.

Existe mi voz que ha dicho Dios
y la mano con la que escribo la mudez de mis muertos.

Que la saliva de Dios incinere mi noche,
que mi escritura sea bañada
con la sonrisa del suicida.

APALABRAR

En la vocal más alta de la montaña
abunda la palabra viento.

En la letra del viento,
se despunta la sílaba del pájaro.

En el signo del pájaro
cabalga el lenguaje de la pluma.

En el eco y danza de la pluma
un alfabeto brota a su libre albedrío.

Con un alfabeto escribo sobre el mundo
una cordillera, un huracán, una bandada,
un plumero, un dialecto.

La palabra es ápice de la voz,
la poesía, vértigo del humo.

EN EL LOMO DE LA VACA EL VIENTO
REVUELTO EN UN SUDARIO DE ESPUMAS

Eran las mañanas y las tardes. Solía acompañar a mi abuela Ana a llevar y traer las vacas, del establo al potrero y del potrero al establo.

Íbamos por la mitad del pueblo arreando las vacas que eran como dedos gordos de Dios.

Yo y mis cinco años y la rama de un árbol haciendo de fusta.

El sol trepaba por las manchas azules de las vacas y en su paso torpe un aliento desconocido empozaba la sílaba del sueño.

Las piedras, las crestas de los árboles, un puñado de maderos y sus cercas.

Verlas pastar era echar boca adentro toda la paciencia del aire, como hundir una luna en un enredo de hierba.

Y en los ojos de las vacas un vacío de luz, un misterio lerdo
que latía en cenizas
sobre el corazón lento del día.

Mis cinco años, mi abuela Ana y las moscas abriendo huecos
en las primeras sombras de la tarde.

Entonces la vaca Golondrina se fue de bruces al río.
El hechizo del agua le llegó como una soga que halaba su carne
en una cadencia sin tiempo.
Era de ver su júbilo corriendo entre las formas del torrente.
Mugía y su voz era un tambor que trezaba mi garganta. Un
fósil nacido en lo más hondo de la vocal del mundo.

Corría la vaca por el río y mi abuela la seguía desde la orilla,
entre los pastos largos y mojados,
llamando desesperadamente su bovino. Cuidado de no
ahogarse la vaca loca.

Mis cinco años arreando el sueño de loco de mi abuela Ana.
En el lomo de la vaca el viento revuelto en un sudario de
espumas.

Hará tiempo de aquello. El río arrastrando esqueletos húmedos de hojas y trastos vegetales, llevándose consigo mis cinco años y las alas invisibles de la vaca Golondrina, en una ceremonia de bocas abiertas a los muslos de la nada.

Navegaba ahora hechizado el ocaso en una brisa de peces muertos.

Dicen que las vacas se parecen a los sueños de los hombres tristes, no dejan de rumiar su soledad en cualquier balcón desvencijado de la vida. En el mañana o en el ayer, es floración la noche cerrada.

A la orilla, sobre la piedra molida, boquea todavía la vaca Golondrina tragando tajos de luz. Muge mientras puede.

HENRY ALEXANDER GÓMEZ (Bogotá, 1982). Magister en Creación Literaria de la Universidad Central y Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Es director del Festival de Literatura “Ojo en la tinta”. Ha recibido diferentes distinciones, entre ellas, el Premio Nacional Casa de Poesía Silva y el Primer Premio en el Concurso Nacional Universitario de Poesía Universidad Externado de Colombia (2013), con el poemario *Cartografía de la luz*, los jurados: Víctor López Rache, Juan Carlos Bayona y Milcíades Arévalo, destacaron la unidad del libro, la solidez en la forma, la cohesión poética, el tono sereno y personal. Obtuvo el Premio Internacional de Poesía José Verón Gormaz de España por el libro *Tratado del alba* (2016).

Henry Alexander ha publicado los libros *Memorial del árbol* (2013), premiado en el IV Concurso Nacional de Poesía Obra Inédita, *Diabolus in música* (2014) Premio Nacional de Poesía Ciro Mendía y la antología *Teoría de la gravedad* (2014), publicado en Quito, Ecuador. Sus poemas aparecen en diferentes antologías y revistas de Colombia y el exterior. Hace parte del comité editorial de la Revista Latinoamericana de Poesía *La Raíz Invertida* (www.laraizinvertida.com) y es docente del Pregrado de Creación Literaria de la Universidad Central.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendiñueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López

46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Oscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apúshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Alfonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo

90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlosten y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en abril de 2017

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem